

## PLACER VIAJERO

---

*(Para Cugel, Gersen, Hetzel, Reith, Ridolpb)*



## Placer viajero

Mungo Carteret subió por el sendero de cabras. Por debajo de la casa, al borde del acantilado, se detuvo un momento y se puso las ropas que había llevado bajo el brazo. La piel estaba seca, la respiración, ligeramente acelerada. Abajo, en la bahía, las sombras se acortaban. La bruma otoñal sobre el mar empezaba a disolverse; al norte de Alderney había un velero de dos palos, que avanzaba bien con el fuerte suroeste. El faro del puertecito de la península estaba apagado.

Antes de alcanzar el porche que circundaba la casa, Carteret olió el café. Las puertas de la cocina y la biblioteca estaban abiertas. No se veía a Rhea. Parecía haber pasado la tarde en el lector; junto al aparato yacían *microlibros*. El rincón de Historia Moderna en la vitrina había sido saqueado.

Entonces vio la carta; un sobre gris y alargado sobre la mesa de caoba. Carteret parpadeó, cerró los ojos. «Calvados», pensó. «Dos horas y media de sueño». Cuando abrió los ojos, la carta seguía allí. No era una notificación codificada, descifrada e impresa por el comunicador; ni un teletipo; ni un envío de mercancías por el tubo de aire comprimido... una carta, con el remite a mano y varios matasellos.

Carteret rodeó la mesa, inclinó la cabeza, se detuvo y se volvió al *compacto*, metido en el armario de cerezo dentro de una calavera, bajo la pantalla del visifón, encima de la impresora térmica, entre tres mil viejos libros.

—¿Alguna novedad, Moloch?

La cálida voz de barítono de la máquina tosió:

—Una llamada obscena. Rhea se ha pasado la mitad de la noche en la biblioteca, leyendo y hablando en voz baja consigo misma.

—Eso no nos importa ni a ti ni a mí. Bórralo, aparato indiscreto. ¿Qué clase de llamada obscena?

La pantalla se iluminó. La prima lejana de Carteret Pamela du Plessis parpadeó cuando el *compacto* se puso en marcha; Rhea no entablaba conversación alguna.

—Nadie en casa, ¿eh? Escucha, Mungo... llámame pronto. Vuelvo a estar en Atenoa. He sacado unas cuantas cositas estupendas. Ya sabes, Noastoa<sup>1</sup> temprana; una aforista de una necedad sensacional. ¿Y tú? ¿Sigues acostándote con tus gínidas? ¿O se te puede volver a emplear? Que te diviertas, tesoro.

Sopló un beso a su emisor y sonrió: dientes blancos, labios rojos, hoyuelos, ojos verdes, una enmarañada cabeza cobriza. La pantalla se apagó.

Carteret sonrió y chasqueó con los dedos.

—¿Es todo?

—Es todo.

—Bórralo.

El *compacto* calló; Carteret regresó a la mesa y cogió la carta. El inusual y caro procedimiento —120 dracmas por el transporte a través del espacio; un hipermensaje codificado habría costado 3 o 4 dracmas— había animado a todas las instancias implicadas a sacar sellos viejos a la luz. El remitente era la vieja y respetable agencia de viajes «Viario Cook's» de Atenoa (distrito XXIV); los sellos los habían puesto las oficinas de

---

1. «Nueva Stoa», filosofía de Estado de la Commonwealth. Originariamente desarrollada en distintos mundos a partir de una especie de nostalgia del desorden articulado de unos pensadores a menudo extravagantes, independientes entre sí, hacia finales del Siglo Confuso (después del colapso de la Tierra y de su federación de colonias); denominada al principio «pensamiento confuciano de estilo libre», «chinesería grecorromana» o «Stoa casquivana». Más tarde formalizada en Gaia y hecha obligatoria por Dorji Diógenes Bahadur (67-181 CT) y Ashme Zuvárov Chou (112-201 CT), los primeros profesores de *Peripatio* en el marco de la Gran Academia de Atenoa. El estudio de la Noastoa, finalizado en un examen, es obligatorio para los funcionarios, diplomáticos, etc.

aduanas —entrada y salida— de los puertos cargueros de Atenoa/Gaia, Pagranat/Eos V, Shamash/Sirius B XI, Phobos/Sol IV—I y Europort Norte, además de un servicio de mensajería en París. Probablemente en París se había corregido a mano la escritura galactín estándar, y anglizado el segundo nombre.

Domingo

Aristid Mõgomri Karterè

Zhobûr

Euro-Fr

Terra/Sol III

Aristide Montgomery Carteret

Jobourg

Lenta, solemne, casi reverencialmente, Carteret abrió la carta con un abrecartas de marfil. El sobre contenía una tarjeta («En calidad de única organización todavía encargada de formas de comunicación antiguas, nos piden que le transmitamos esta. Cordialmente: Cook's Atenoa XXIV») y una hoja con el encabezado de una legación planetaria: **MINISTRO RESIDENTE DE SETEBOS - STB, ATENOA, GAIA**. El texto había sido impreso por un dictáfono con grafía estándar.

Dom:

Nos ha sido usted recomendado por el SIC<sup>2</sup> como persona digna de confianza y altamente cualificada para investigaciones discretas. Un habitante de Stb y por tanto ciudadano de la Commonwealth ha desaparecido en el curso de un viaje de investigación, del que no se conocen detalles. El último lugar de estancia conocido fue el tracto hidropónico de Shamash δ. Existen razones para suponer que Qlf se movía en dirección Terra. Se consideró y desechó la intervención de las autoridades de la Commonwealth, ya que en caso de delito habría sido imposible evitar una orden de búsqueda y captura, que no nos interesa en

---

2. Servis Investigativo del Commonwealth, autoridad central de investigación con oficinas y agentes en la mayoría de los mundos; en caso de duda, supraordenada a las oficinas de policía locales.

absoluto. Qlf era/es un cotizado libidetector, adjunta Qlf era/es un cotizado libidetector, adjuntamos abajo un pictograma reciente. Hasta donde podemos constatar, no hay en este momento otros ciudadanos de Stb en el sector de Sirius. Hemos remitido 15.000 *dr* a la cuenta de usted que el SIC nos ha indicado en el Kargobank, Sherbúr. Si rechaza el encargo, le rogamos devolución. En caso de que lo tramite, le rogamos espere una suma igual; además, naturalmente asumimos gastos de viaje y demás costes.

Fdo.: 3317, Ministro residente

Carteret hizo una mueca y contempló la «imagen» del desaparecido libidetector de Stb: un tocón, una cepa podrida, un tamarisco enano mordisqueado, algo por el estilo. Dejó la carta sobre la mesa, caminó lentamente por el porche hacia la cocina, se sirvió una taza de café y regresó a la biblioteca.

—¡Moloch!

—¿Noble señor Mungo?

—¿Han ingresado en el Cargobank de Cherbourg quince mil dracmas, probablemente de la embajada de Setebos, en Gaia?

El *compacto* guardó silencio un momento.

—Confirmado —dijo luego.

—Muy bien. ¿Qué es un libidetector?

—No se dispone de información.

Carteret asintió y dio un sorbo a su café.

—Casi me lo imaginaba. Una cosa más. Hace alrededor de cuatro meses hubo una llamada de Qorba Salibi; debía dirigirme a él por algo.

—No se dispone de información.

—Borrada, pues. Muy bien, no se puede hacer nada. Hum. Por favor, consulta a la Biblioteca Nacional de París; todos los datos disponibles sobre Setebos o S-t-b y habitantes.

—¿Todos?

—Oh. Nnnno. Los ámbitos de relaciones con la Commonwealth, etnología, estructura social, criminalidad; y referencias bibliográficas. Por favor, todo impreso.

—Como ordenes, ilustrísimo.

—Necio aparato —Carteret cogió la taza, dejó la biblioteca y salió al porche. El sol de septiembre seguía estando bajo. El beige lechoso de la cúpula del reactor de fusión, que se intuía más que se veía tras la colina boscosa del Sureste, estaba teñido de rosa. Los rectángulos medio en sombras de los campos de manzanos y los pastos entre los gruesos setos centelleaban; un par de vacas pardas caminaban pesadamente por la hierba cubierta de rocío. En la majestuosa haya roja se apoyaba la bicicleta del ordeñador trípodo Tuzimaz.

Rhea estaba en el porche Este, con los ojos cerrados, los brazos medio alzados. Estaba descalza. El naranja chillón de las uñas y los labios parecía más adecuado para primeras horas de la tarde que para esa temprana mañana de otoño. El cuerpo, modelado conforme a las concepciones de la belleza clásica, perfecto y del color del cacao recio, tensaba el tejido transparente del camisón. El sol cubría la trenza azul cobalto de una capa de óxido irreal.

Tenía que haber oído sus pasos; dejó caer los brazos, se volvió hacia él y abrió los ojos.

—Mungo. ¿Has tenido buena trompa?

—Un calva de cuarenta años y mil refinadas historias embusteras. El viejo Durtain es cada vez mejor.

La besó en la boca; los labios estaban fríos.

—¿Y tú? ¿Has dormido bien?

—He leído. Luego, he soñado —en torno a los ojos violeta se tendió una red de cansancio y melancolía.

—¿Otra vez lo mismo?

Ella asintió.

Él le tocó la mejilla.

—Lo siento. ¿Puedo ayudarte?

—No. Te amo. Voy a dejarte —cerró los ojos y volvió de nuevo el rostro hacia el sol ascendente.

Carteret se apoyó en la barandilla y miró fijamente su taza. Conocía el sueño; hasta donde podía conocerlo por su relato. Un calor suave y acariciante, como de un sol suave y atractivo. Las setenta y nueve «hermanas» soñaban el mismo sueño que Rhea, ya lo habían

soñado cuando aún estaban en el laboratorio bajo la superficie de Ganimedes. Ochenta gñidas, androides y androgñidas, encargadas y pagadas por anticipado, hechas de material genético sustraído, engendradas por un programa de clonación, nacidas en salas asépticas, despertadas a la edad biológica de veinte años, más o menos. El sueño era una especie de trauma natal de no nacidas, añoranza de apátridas, búsqueda de pasado de seres carentes de historia. Durante una investigación de un divorcio para un banquero de Vega VII, Carteret había dado casualmente, sin relación alguna con sus investigaciones, con una sociedad charter en bancarrota que sólo tenía unos trastos oxidados y contrataba con un bioquímico una nave de pasajeros impecablemente nueva y alquilada. Él siempre estaba dispuesto a dar rodeos, aunque con toda seguridad no llevaran a su objetivo propiamente dicho. El resto había sido una conversación con su amigo Salibi en el SIC; y una acción de liberación. Cada una de aquellas personas artificiales había recibido medio millón de dracmas del patrimonio incautado, además de pasaportes y una identidad sintética. A él le habían tocado 50.000 *dr* de recompensa. Rhea había aguantado medio año con él. Las otras setenta y nueve, según el expediente, andaban en búsqueda y peregrinación incansable desde su liberación.

—¿Quién ha traído la carta? —dijo él al cabo de un tiempo.

—Un mensajero. Hacia las ocho. Con un deslizador —ella no se movió.

Carteret suspiró.

—Quizá tenga que ver con una llamada de Cobra. Hace unos meses. Dijo algo parecido a que si recibía un encargo extraño debía dirigirme a él.

Rhea se limitó a encogerse de hombros. Probablemente sabía que él intentaba interesarla en algo, pero aquello no le interesaba. Conocía a Qorba Salibi, *legado* del SIC, probablemente pronto *capitán*; el viejo amigo de Mungo del tiempo que pasaron juntos en la flota y en la escuela del SIC había dirigido la intervención en Ganimedes y la había visitado un mes después en Jobourg.

Él se separó de la barandilla.

—Y todo, sólo porque unos cuántos cerdos pervertidos buscan una ganancia de placer específica —gruñó.

Esta vez ella le miró, con una sonrisa dubitativa.

—Sin esos cerdos pervertidos no existiría el problema. Pero tampoco yo. Ni los últimos meses —su voz era ronca.

Hasta primeras horas de la tarde, Carteret estuvo cavilando sobre las expresiones *del compacto*. A breves intervalos maldecía a los científicos y su jerga, luego les estaba casi agradecido porque le revelaran lo impenetrable que podía hacerse el claro y sencillo galactín sólo con quererlo. Cuando hubo filtrado los hechos de más de 100 páginas de material, comparó las dos páginas de su resumen con los registros del volumen LXIII («Sn-Tfb») del *Diccionario de mundos habitados*, completó, tachó, corrigió y, finalmente, se reclinó agotado.

—¡Moloch!

—¿Amo?

—Fecha y hora en latitud cero Shamash, latitud cero Gaia —miró el calendario; en Greenwich eran las 15:11 del 20 de septiembre de 2878 d.C., en Jobourg las 17:11.

—Shamash tiene la misma fecha que Atenoa —dijo el *compacto*; sonó casi a reproche—. Tres de julio de cuatrocientos nueve, tiempo de la Commonwealth. Hora de Shamash-Cero actualmente once horas noventa y cuatro; hora de Atenoa diecisiete horas setenta y uno<sup>3</sup>.

Carteret se frotó los ojos.

—Buena hora para llamar... Aún así, Cobra y Pamela pueden esperar. Pregunta en Atenoa, en la Academia, seminario de Xenología. Nombres y direcciones, si es posible visifón de especialistas en Setebos, si los hay en el sector de Sirio. Ya sabes... lo más cerca posible.

—Ya sé, noble señor. Tu noble pereza —el *compacto* rió por lo bajo. Segundos después, expelió una hoja con once nombres y direcciones.

---

3. El 1 de enero de 2501 d.C. coincidió con el solsticio de verano en el hemisferio Norte de Gaia y fue declarado 1 de enero 1 CT. El año de Gaia (12 meses de 27 días de 25 horas de 100 minutos) es el año estándar de la Commonwealth.

Carteret la cogió, leyó y cliqueó con la lengua.

—Mira por dónde —dijo a media voz—. Se supone que la Tierra no produce más que los mejores vinos y arte melancólico... pero también científicos, al fin y al cabo.

De los once xenólogos del sector expertos en Stb, nueve enseñaban o investigaban en la Tierra: Pekín, París, Oxford, Salamanca, Harvard, Berkeley, Damasco, Roma, Praga.

—La buena y vieja Europa.

No hablaron mucho aquella noche. Rhea se había pasado el día pensando y cavilando, caminando por los alrededores, recogiendo las últimas manzanas y bañándose. Carteret estuvo ocupado en la cocina y produjo una mezcla comestible de manzanas, patatas, pasas y carne de ave. Rhea se acostó pronto. En mitad de la noche vino al dormitorio de Mungo y se deslizó en su cama sin decir palabra. También esa parte de la despedida fue muda, de una extraña, casi furiosa intensidad.

El deslizador robot llegó puntualmente a las nueve; ella no quiso prolongar la despedida, no quiso que Carteret la llevase al espacio-puerto. Su equipaje consistía en un bolso de lona con ropa, unos cuantos libros auténticos y algunas cosas más, pasaporte, tarjeta de crédito del banco de Atenoa, una nuez del jardín de Mungo y una hoja de la antiquísima haya roja.

—Si ves que el sueño cambia —dijo Carteret—, que el sol lejano se convierte en el viejo faro de ahí delante...

Ella asintió y soltó sus manos. Por la noche, un pequeño carguero que también transportaba pasajeros dejaría Europort Nord, la gigantesca isla de hormigón y acero ante la desembocadura del Támesis, rumbo a Rigel. El deslizador arrancó.

Mungo regresó lentamente a la casa, se sentó largo tiempo en la cocina, bebió mucho café con mucho calvados y se forzó a tomar conciencia del mundo exterior. Cogió la pantalla móvil, la puso en el viejo aparador de encina y se concentró en las noticias del satélite de la Commonwealth almacenadas por el *compacto*. Terremoto al Sur de Kurilistán/Thutmes V; un desembarco de la flota contra una

dictadura brutal y expansionista en Zarbany/Jagnath VIII; un discurso de la Lord Canciller ante el Consejo de Mundos: la jefa de la administración pedía urgentemente al Parlamento que concluyera de una vez los debates presupuestarios. Entre aplausos y risas, citó a Dorji Diógenes Bahadur, con un añadido: «También a los miembros del Gobierno se les aplica esta observación de la Noastoa: Constatar relajados y alegres cada mañana que el horror del Cosmos perdura invariable. O también: Constatar relajados y alegres cada mañana, en el Consejo de los Mundos, que la terquedad de los diputados bloquea invariablemente el camino hacia cosas más importantes».

Carteret sonrió cansado, desconectó, se duchó, se puso ropa limpia y se lanzó al trabajo. Aún no estaba seguro de querer aceptar el encargo, pero sabía que tenía que hacer algo. Volvió a sobrevolar su resumen y se esforzó por retener en la cabeza los hechos más importantes.

Stb/Legua II fue descubierto en 149 CT por una nave cartográfica. Pasó algún tiempo hasta que los exploradores comprendieron que el planeta tenía vida inteligente; al principio, tomaron aquellos tocones ambulantes por flora carente de alma. Los lingüistas de la nave constataron que al acercarse a los tocones se hacían audibles ciertos siseos, crujidos o gruñidos; la definición de aquellos ruidos perceptibles como «consonantes» era arriesgada, pero proporcionaba una hipótesis de trabajo utilizable. Con ayuda de los numerosos aparatos de los lingüistas, se buscaron y hallaron «vocales» inaudibles: en el ámbito de los infrasonidos o ultrasonidos. Los moduladores de frecuencia hicieron esos sonidos audibles a medias para los humanos, y los representaron gráficamente; muy pronto se pasó de la denominación recíproca de objetos sencillos a una comunicación básica sobre la que poder construir. El audible *stb* con el que los tocones —que se autodenominaban *qlf*— designaban a su mundo fue convertido por un lingüista con dotes literarias en *Setebos*, el *qlf*, inevitablemente, en *Calibán*.

En la exposición comentada del *Diccionario de mundos habitados* decía:

Los *qlf* adultos llegan a medir entre 1,80 y 2,20 m; según su propia información, la esperanza de vida media asciende a unos 160 años estándar (Gaia). Gracias a sus flexibles órganos fonadores, pueden hacerse entender a otros habitantes de la Commonwealth a su alcance sonoro, pero tienden a omitir las vocales o a sustituirlas por un indefinido sonido *schwa*. «Dame el cuchillo, Pedro», podría sonar, más o menos: *dml ketch pdr...*

Los *qlf* disponen de una antiquísima cultura oral, pero de ninguna civilización; jamás se levantaron construcciones en *sth*, porque los *qlf* son absolutamente resistentes a la intemperie. Se ha especulado mucho sobre el significado de las «cuevas sagradas», véase al respecto § 9...

Desde la adhesión a la Commonwealth (174 CT), Setebos es el mundo con la mayor renta per cápita de la galaxia: a cada calibán le corresponde un promedio anual de 1,25 millones de *dr*. Las concesiones para la explotación de los mares de Setebos —ricos en tubérculos de manganeso, uranio, oro en solución, etc.— reportan alrededor de 10 millones *dr* al año, y el número de calibanes ronda los 8.000 individuos.

Este es al mismo tiempo el mayor problema de esta extraña raza. La reproducción tiene lugar a través de esporas, que son incubadas por individuos viejos, convertidos en inmóviles, hasta que los «retoños» alcanzan, al cabo de tres o cuatro años, los 65 cm de estatura, y se hacen «autónomos»... El problema crucial de esta «sexualidad casual» no ha podido ser resuelto hasta ahora ni empleando los más modernos métodos de investigación y manipulación. Los calibanes disponen de cinco órganos sexuales distintos; uno de ellos está activo alternativamente cada año, y los otros cuatro pasivos. Es decir, hay cinco sexos, y ningún individuo *qlf* sabe a qué sexo pertenecerá el año próximo. La actividad sexual es posible en todo momento y conduce a formas intensivas de obtención de placer inimaginables para los humanoides (cfr. el concepto de «hibernación orgásmica» en 511 b); sin embargo, para la reproducción tienen que congregarse miembros de los cinco sexos en un *pentón*. Sólo entonces se producen esporas capaces de sobrevivir. No obstante, ha habido años en los que en todo Setebos sólo se hallaban cuatro, o incluso tres sexos. Hasta ahora, las hipótesis acerca de las relaciones entre este fenómeno y cuestiones como la alimentación, el clima, la actividad del sol, etc., no han conducido a nada...

Junto a la formación de un abigarrado corpus de literatura oral (sustentada en una memoria colectiva) y la composición, inabarcable por los moduladores de frecuencia, de extensas obras musicales, también hay escultura, dibujos en el suelo, tallas en roca, etc.; los finos tentáculos similares a ramas de los *qlf* podrían hacer de ellos los mejores y más caros micromecánicos de la Commonwealth. Sin embargo, carecen por completo de interés en ello; su objetivo en la vida parece ser exclusivamente la obtención de placer y la búsqueda errante de los otros cuatro sexos...

Carteret se preguntó qué haría esa raza pequeña y carente de necesidades con las ingentes cantidades de dinero que las empresas de prospección pagaban cada año. Quizá adquirirían placeres exóticos de la galaxia; por otra parte, al parecer los *qlf* tenían sentimientos de placer incluso cuando buscaban alimento. Según la documentación, vagaban sobre sus pseudópodos por la tierra firme de su mundo, en caso necesario formaban raíces y las enterraban, absorbían líquidos y sustancias nutritivas, pero también descubrían depósitos indigeribles de materiales nobles, como vetas metálicas, entre otras cosas, y ese descubrimiento causaba espasmos cuya resolución era comparable a la de un orgasmo humano. (Las sensaciones en el contacto sexual con otro *qlf* eran, según se había repetido a menudo, incomparables). En ese punto Carteret también topó con los enigmáticos «libidetectores», también llamados burlonamente «corredores» por sus colaboradores: individuos *qlf* dejaban Setebos de vez en cuando y viajaban a mundos ajenos, en la mayoría de los casos por encargo de empresas de prospección, para entregarse allí a su placer y «olfatear» ocultos metales nobles.

Entrada la tarde, todavía con el café y el calvados, se animó a aceptar el encargo, en parte por interés en la singularidad del desaparecido, en parte por una especie de desesperación. Informó por *compacto* de su decisión a la sede de Setebos en Gaia; luego, hizo que el Moloch llamara a la central del sector de Shamash del SIC.

—Conversación urgente para el *legado* Qorba Salibi—dijo el *compacto*.

El teniente Salibi, cavilando sobre el papel, se puso.

—Sí, ¿qué diablos pasa? —ni siquiera levantó la vista.

—Mungo a Cobra —el viejo chiste le resultó insulso; también podía deberse al café demasiado cargado. O a su estado de ánimo.

—Ah, *dom* Carteret. ¿Cómo van las cosas? ¿Plantadas o pendientes?

—Bamboleándose. ¿Y las tuyas?

Salibi se frotó los ojos y señaló la montaña de papel.

—Apiladas. Probablemente te hayas enterado...

Carteret negó con la cabeza.

—Basura galáctica general —dijo Salibi—. Ese doble contrabando, XPD *high speed*... mala droga en lingotes de platino huecos, apoyada por una docena de agentes del SIC corruptos.

—Mierda verde. ¿Y te ha tocado encargarte a tí?

—Sí. Así que, por favor, abrevia; a no ser que tengas un nuevo chiste que contar.

Carteret sonrió débilmente.

—No hay tiempo para nuevos chistes. Se trata de Setebos. ¿Me lo has mandado tú?

—Más o menos. ¿Guapo, eh? Hasta ahora nunca habías buscado tocones —Salibi se inclinó hacia delante—. Nosotros, quiero decir el SIC, no podemos hacer nada. Porque si comprobamos que ese calibán desaparecido ha hecho algo malo, o que lo han matado o algo así, tendríamos que dar los pasos habituales. Pero Setebos sólo quiere saber lo que ha pasado con él... nada de sanciones, nada. Así que ni siquiera han denunciado su desaparición.

—¿Tienes algún consejo que darme?

Salibi abrió los brazos.

—Nada, muchacho. El último lugar de estancia conocido es Shamash Delta, eso es todo.

—Eso es un satélite de trasbordo de carga, ¿no?

—Chico listo. Quizá el calibán ha intentado que lo embarcaran como un puerro gigante. Ni idea, muchacho.

Una vez concluida la conversación, Carteret anotó la palabra «Vacío», le puso un signo de interrogación y llamó a Pamela du Ples-

sis a Atenoa, donde entretanto empezaba a atardecer. Sobre Jobourg pendía ya una oscuridad sin luna. El comunicador emitió los habituales zumbidos; así que Pamela estaba en casa, pero sólo se puso al cabo de un minuto, sin conectar la pantalla.

—¿Sí?

—Tu gemelastro, tesoro.

—Ah, Mungo Munguito —la imagen vino; Pamela estaba desnuda y mojada, y sonreía—. Estaba en la ducha. ¿Bien?

—Desde el punto de vista óptico, magnífico. Por lo demás, más bien elíptico —alzó la botella de calvados casi vacía.

—¿Elíptico? —ella frunció el ceño—. ¿Según Ashme Zuvaroy, estado de autoalienación, fin de la concentración erótica, cero asintomático? Uf. Un momento. Tengo frío —desapareció y volvió con un albornoz—. ¿Así que se acabó? Mi pregunta de ayer, oh, anteayer, no tenía esa intención. Lo siento —luego volvió a sonreír—. Pero está bien así. Está bien así y lo siento; si es que lo entiendes. Elip-ses, y todas esas cosas. Pero monógamo eras insoportable.

Carteret se encogió de hombros.

—Eso va a cambiar ya. Escucha, he aceptado un encargo equívoco, y necesito un oráculo.

—Lo que necesitas es una visita mía y unos días en el Gobi, con yurte y doble saco de dormir.

—Buena idea. ¿Cuándo?

—No puedo irme ahora. Pero ven tú.

—Cuando haya terminado el trabajo. Cuanto mejor sea tu oráculo, tanto más deprisa.

—Siempre las viejas bromas. ¿Ha servido de algo alguna vez?

—Sin duda. Los sabios proverbios de los oscuros noastóicos me han llevado a menudo a extravíos maravillosos. A veces incluso pasando de largo ante el objetivo.

—Está bien —ella suspiró—. ¿De qué se trata?

—Te lo diré luego.

—Como quieras. Un momento. Una parte de los nuevos hallazgos ya está almacenada. Veremos lo que dice el oráculo —salió del ámbito de la pantalla.

Carteret esperó. Era un viejo juego, al que jugaban desde hacía años; igual que anteriores generaciones habían abierto a ciegas la Biblia. En el archivo en el que Pamela almacenaba sentencias de la Noastoa, un programa buscaba al azar tres «frases del día».

—Ajá. Oooh. Escucha —Pamela sostuvo en alto una hoja. Sonrió, equívoca—. El aparato parece haber oído tu consumo de Calva y recomienda un cambio: «En el vino no hay más verdad que en el bebedor; pero, en condiciones óptimas, el vino puede aumentar el placer de la mentira provechosa». ¿Te sirve?

—Ya lo creo.

—Número dos: «Eres una botella sin etiqueta y tu propio relleno; que tu contenido a otros les parezca vinagre o Borgoña dependerá también de tu ruidosa convicción al sorber». Guau.

Carteret sonrió.

—Mucho mejor.

—Número tres. Oh, cielos: «Si la mora fuera uva, la uva cepa, la cepa viñedo y el viñedo el mundo, no habría diferencias individuales, sino borrachera colectiva». Esta máquina está loca. Bien, ahora cuéntame qué tienes que fisgonear.

Durante dos días, Carteret se sumergió en casi siglo y medio de cultura y ciencia. Su estado general mejoró, pero no hizo más luz en cuanto a los posibles motivos para desaparecer del calibán errante. El profesor Malcolm Hidegkuti le recibió en su despacho revestido de madera oscura en el Balliol-College, hizo y respondió preguntas, se perdió en inteligentes e inútiles imbricaciones, tanteó por entre presuntas similitudes entre la metafísica de la Muerte entre los Kamchadales y la patafísica del placer entre los calibán. Carteret aprendió mucho, disfrutó de la atmósfera de los antiquísimos edificios, del cuidado jardín, de las bibliotecas, pasó las noches en un hotel con fachada de madera entramada al otro lado del río y, al amanecer del tercer día, voló hacia el Sur en su deslizador. Hidegkuti le había aconsejado visitar en Roma al profesor Giacomo Smythe, S.J., pero Carteret no tenía ningunas ganas de debatir con un jesuita gregoriano. Preveía que una gran parte de las investigaciones y manifestaciones

de Smythe girarían en torno a la prohibición de la misión en mundos desconocidos y qué cosas serían posibles si fueran posibles. Si no encontraba nada en ningún sitio, siempre podía consultar al Vaticano.

El departamento xenológico de la Sorbona estaba alojado en dos espacios secundarios del de Etnología; después de dos horas de conversación, Carteret dio las gracias a la profesora María Molo-Moltke, comió en un pequeño restaurante y paseó un rato por la orilla izquierda del Sena. Vio a un farandino en una canoa acribillada de gusanos, pescando; llevaba una cuerda enroscada en torno a su tercera pierna. A los miembros de esa extraña raza les gustaba viajar, sin establecer nunca contactos íntimos. Mungo sólo conocía de cerca al ordeñador de Durtain, Tuzimaz, y a lo largo de dos años no había cambiado una sola palabra con él. En algún momento, el farandino tiró del sedal y sacó del río una cabeza de caballo; de ella sacó tres anguilas, y volvió a tirar al agua la nasa medio descompuesta. Metió la pesca en un cesto y se desplazó con elegancia por el bote; el torso de brazos de serpiente, que recordaba el de un caballito de mar, se encorvaba, giraba, se incorporaba, mientras el escabel formado por el abdomen permanecía rígido, como si estuviera hecho de la madera de la canoa.

Había muchos forasteros en París. De los 150.000 habitantes de la mayor ciudad de Centroeuropa, puede que una cuarta parte procediera de otros mundos. La mayoría eran antropoides, a menudo descendientes adaptados al entorno de colonos terrestres, pero puede que ni siquiera un calibán llamara especialmente la atención. Carteret se encogió de hombros y se dirigió a su deslizador.

Los espesos bosques del distrito de Francia pasaron por debajo de él; entrada la tarde sobrevoló los Pirineos, decidió no efectuar la prevista pernoctación en Pamplona y cambió de rumbo. A las nueve y media llegó a Salamanca, encontró un hotel en las cercanías de la Plaza Mayor y estuvo hasta medianoche tomando vino, pescado y cordero en uno de los antiquísimos locales situados bajo las arcadas de la plaza. En la mesilla de noche de su habitación de hotel, vio un volumen encuadernado en cuero con citas y largos extractos de los noastoicos más importantes, se esforzó en vano en hallar un camino

por entre las complicadas discusiones en torno al núcleo esencial<sup>4</sup> y se llevó a sus sueños dos proverbios de Ashme Zuvarov Chou: «Se puede ser feliz por error e inteligente por necesidad, pero no sabio por pensar», y: «El orden es el caos con camisa de fuerza. Si las máximas de tu actuación podrían ser el fundamento de una legislación general, o tienes que estar loco o ser intelectualmente amorfo. Allá donde ambos estados se funden tiene lugar la Filosofía».

Por la mañana se sentía agotado y abundantemente amorfo, después de haber tenido sueños confusos en los que la ducha de Pamela, el sol de Rhea y una invasión de broccolis errantes lo habían asediado. Sólo entrada la mañana estuvo en condiciones de volver a dedicarse a la Xenología.

El seminario estaba en la parte más antigua de la Universidad, que tenía 1650 años. La especialista podía tener 33, como Carteret. La profesora Dra. Aviva Chitchagova era alta, exuberante, tenía el pelo color rubio ceniza y había renunciado a que le enderezasen un tabique nasal roto algún día. Contempló atentamente a Carteret con sus ojos de un verde cristalino; Mungo encontró hambrienta esa mirada, y deseó haberse duchado y no estar tan mal afeitado.

—No sé si voy a poder ayudarle —dijo ella. Luego se pasó la lengua por los labios y se sentó en un escabel cromado. El despacho (el revestimiento clásico de las paredes estaba roto en un punto junto a la ventana central, y dejaba ver antiquísimas piedras) tenía estanterías de encina repletas de libros antiguos, vitrinas con *microlibros*, montones de impresos, un centelleante terminal para una especie de *ultracompacto* y un armario entreabierto con fotografías, tubitos y preparaciones—. En realidad soy xenobióloga; lo que usted necesita es un xenocriminalista.

---

4. Concepto central de la Noastoa; trata de hacer comprensible la irracionalidad (sentimientos, necesidad metafísica, etc.) y su significado para el individuo y la sociedad mediante su descomposición definitoria, y de dominarla a través de distintas técnicas de meditación analítica en el sentido de la autodisciplina noastoica. La irracionalidad no investigada de los individuos es un carga para una sociedad basada en el consenso racional; dar a conocer el núcleo esencial investigado de una persona invita a la manipulación y el abuso. Según Bahadur, el *núcleo* es «átomo, indivisible, y por tanto incomunicable».

—De lo criminal me gusta encargarme a mí... cuando tengo los hechos suficientes.

—¿Qué clase de hechos?

Carteret se rascó la cabeza y se sentó en el suelo de madera, ya que no había ningún otro sitio donde sentarse.

—Por ejemplo, hechos y no conjeturas metafóricas sobre la química corporal de los calibanes. Qué pasa realmente con ellos cuando se entregan a sus placeres. Cómo viven en otros mundos. Si necesitan trajes de presión, si soportan la baja gravedad, cosas por el estilo. Un ejemplo práctico, quizá: el buscado (¿lo buscado?) fue visto por última vez en la zona hidropónica de un satélite de trasbordo de cargas. ¿Qué se le ha perdido a un calibán en la zona hidropónica? Y: fuera del tracto hidropónico hay zonas de distinta gravedad y distinto aire, según las mercancías almacenadas y las condiciones de los mundos en que fueron fabricadas. Si supiera cómo funciona un calibán desde el punto de vista biológico, podría intentar reconstruir su camino. Si, digamos, soporta una atmósfera caliente de metano y tres o cuatro g...

Aviva Chitchagova asintió, respiró hondo y empezó a hablar. Hablaba rápido y con resistencia; de vez en cuando se humedecía los labios con la lengua. Los calibanes, se enteró Carteret, eran respiradores de oxígeno; la atmósfera de Setebos era más tenue, la fuerza de gravedad menor, pero en principio Setebos pertenecía al tipo Terra. La superficie corporal de los calibanes presentaba ciertas similitudes con tipos de madera dura terrestre; sin duda un calibán podía soportar durante un breve período una gravedad elevada y atmósferas extrañas, incluso sobrevivir durante hasta una hora al vacío del espacio, pero no cabía pensar en atmósferas corrosivas.

Se volvió hacia el terminal; los dedos corrieron sobre las teclas. En la pantalla apareció la punta —la «cabeza»— de un calibán.

—Ahora es cuando empiezan las dificultades... sobre todo lingüísticas. Naturalmente, no hay correspondencias para sus diversos órganos; por eso, o tenemos que servirnos de perifrasis o asumir palabras desfiguradas de su... bueno, idioma. Para no rompernos la

lengua con las consonantes, hemos dividido el ámbito para nosotros inaudible de sus vocales, si se les quiere llamar así, en cinco niveles. Al hacerlo, reproducimos miles de vibraciones diferenciadas con un sonido... espantosamente primitivo, pero, ¿qué hacer, si no? Los cinco niveles son i, e, a, o, u; arbitrario, naturalmente, sólo una muleta. El nivel más alto sería i, el más bajo u. ¿Está claro?

Carteret asintió en silencio.

—Bien. Esto de aquí —una ranura longitudinal en la «cabeza» del calibán apareció ampliada en la pantalla—. La abertura verbal, *kebumif*. Esta de aquí es la óptica... los ojos, si quiere decirlo así —una corona de finísimas «ramitas» que rodeaba toda la parte superior del tocón apareció ampliada—. En realidad ojo y oído... *falafqef*. Ven rayos infrarrojos y ondas de radio de todas las frecuencias. Desde todas las direcciones a un tiempo. El cerebro, si se le quiere llamar así, se extiende por todo el cuerpo, como si fuera médula —tres semicírculos, como bolsillos entreabiertos—. Las cavidades respiratorias: *nuqit* —seguían los pseudópodos para desplazarse, flexibles y variables, las finas «raíces» para absorber los nutrientes, que podían retirarse a cavidades en el cuerpo (*quintuqfit*); los multiformes «dedos», puntas tentaculares.

—Todo esto —dijo Chitchagova con una apenas perceptible vibración de lamento— está repleto de nervios sensores, y sirve también, y especialmente, para la estimulación sexual. Pasemos a los órganos sexuales propiamente dichos.

Una cavidad rellena de pequeñas plaquitas blandas:

—El órgano del primer género, *kebelap*; la cavidad se llama *qenufur*.

Una especie de manguera retorcida con engrosamientos, estrechada en la punta, pero también inflable para convertirse en una cavidad:

—El segundo género es el *kinip*; su órgano característico —indicativo en caso de actividad— es el *paqukhat*.

Un gancho desflechado, que también podía convertirse en lazo abombado o puño hinchado:

—El tercer género se llama *kebarep*; el nombre del órgano es *qu-keiqurruq*.

El género cuatro, *funup*, era un manguito casi semicircular, en cuyo centro había un diminuto agujijón, que en caso de activación podía hincharse hasta el quintuplo de su tamaño:

—Su nombre es *kebolpelef*.

Finalmente el género cinco, *tefep*, mostraba una bola erizada llamada *tikutafat*, con incontables cavidades; agujas y cavidades aumentaban cuatro veces su tamaño en estado de actividad. Todos los calibanes disponían —pasivamente— de todos estos órganos.

—Las capacidades eróticas son inimaginables —Aviva Chitchagova suspiró—. La tensión energética y la descarga de un calibán que, por ejemplo, encuentra con las raíces signos de petróleo o de uranio, está mensurablemente ya en la zona superior de lo que sucede en nosotros, hum, en un orgasmo normal. Pero los calibanes se mueven mucho, y la obtención de placer no depende de la plena activación de todos los órganos. Un *kebelap* por ejemplo puede introducir las puntas de los tentáculos en su *qenufsur* o meter sin esfuerzo el *paqukbat* no activado en el *qenufsur*. A esa unión de un calibán consigo mismo la llamamos monón.

—Mononania —dijo Carteret. Sonrió ligeramente.

—Si lo prefiere. Pero lo que se libera en la descarga es el cuádruple de las mejores posibilidades humanas. Cuando dos calibanes se unen en un bión, alcanzamos el límite superior de la escala. Y en un trión de tres calibanes tenemos que emplear, para poder medir algo, una escala en la que un orgasmo humano es, en el mejor de los casos, un temblor microscópico próximo al cero.

—Qué lamentables criaturas somos —dijo Carteret—. Pero, en cualquier caso, poco es mejor que nada.

Ella pareció no haberle oído.

—Fíjese en esta... como diría, botonadura. Este es el secreto de la reproducción de los calibanes. Cuando los cinco géneros se reúnen, estos botoncitos atrofiados se hinchan y destilan una secreción. Se podría hablar de glándulas resinosas y un humus resinoso que producen. En ese humus, una masa terrosa, se fertilizan las esporas producidas por todos los géneros y se estabilizan hasta ser capaces para la vida. Como he dicho: esa secreción de las glándulas

resinosas tiene lugar sólo en un pentón completo. Y, según los testimonios de los calibanes, la secreción común de esa resina es el placer supremo. Es decir, no la secreción propiamente dicha, sino el efecto de la secreción cuando se coagula sobre la superficie del cuerpo —volvió a respirar hondo, se movió inquieta en el asiento y completó su exposición con una serie de descripciones de lo que era posible con los órganos sexuales, tentáculos, aberturas lingüísticas y respiratorias, cavidades de las raíces, etc., de los calibanes: acariciar, revolver, pulsar, triturar, arrancar, frotar, chupar, vibrar, pellizcar, oscilar... Carteret tuvo conocimiento de una serie de verbos calibanes (si es que lo eran): *tiqtus*, *qatifnes*, *kbogorretas*, *kbukbuqtus*, *pigosnis*...

—Esto me pone muy... nervioso —dijo al fin en voz baja.

Aviva Chitchagova parpadeó.

—Esta tarde tengo clase —tosió—. ¿Querrá hacerme más preguntas si voy a visitarle esta noche a su hotel?

—Me ducharé a conciencia —Carteret sonrió y echó un vistazo a sus notas—. Estoy loco por investigar su *qintuqfit* con mi *kbunif*.

Por la noche, ella le contó sus impresiones al ver una película en la que se apreciaba cómo, en un tetrón, se sometía a un aburrido tratamiento de *qatifnes* sin *funup* del *qukiqurru* de un *kbarep* al *paqukbat* pasivo de un *kbelap*, mientras al mismo tiempo el *tefep kbukbuqstaba* en el *kbolpelef* del *kbelap*, y el *kinip pigoniszaba* constantemente el *qukiqurru* del *kbarep* mientras unía su *tiqutafat* semiactivo con el activo del *tefep* en una mezcla de *qatifnes* y *kbogorretas*...

—La pornografía a ultranza —dijo agotado Carteret.

—No lo había contemplado desde ese punto de vista —rió entre dientes—. Pero tienes razón. ¿Qué te parecería un poquito de *tiqtus* o *qataqutinniquis* de *kbolpelef*, *qukiqurru* y *kbunif*?

—¡Pero con cuidado!

Más tarde, Aviva descubrió el volumen con citas de la Noastoa en la mesilla de noche y habló de una expedición a Setebos en la que había participado siendo estudiante.

—Desde el punto de vista biológico —dijo, pensativa—, todo fue complicado, estimulante y difícil de entender, pero los científicos me dieron pena. Una antiquísima y cínica raza, los calibanes.

Para averiguar sus constantes intelectuales comunes, se había entregado a un grupo de calibanes maduros, que podían comprender sin esfuerzo el lenguaje y la escritura de los científicos, textos seleccionados desde Platón, Descartes y Heidegger a McTusky, los metatrópicos, el exo-Zen osírico y los representantes gaiánicos de la osmótica cataléctica y la megalisis aestructural.

—Se partieron de risa, dicho sea en sentido figurado. Marx era un chiste especialmente bueno, piTanagra y Heidegger al parecer chistes abstrusos, Luzinga y Nietzsche de una necia cursilería. Buda era medio soportable, Kungtsé bastante bueno, igual que Séneca. Fue sorprendente la reacción de los calibanes a la Noastoa: podían asumirla. Aunque —se incorporó y rió en voz baja—, también ahí surgieron problemas. Un momento, voy a ver si sale aquí —hojeó el libro—. Ah, aquí está. Frase central de Dorji Diógenes Bahadur: «El ser humano es un charco en el que mean sin cesar las personas y las circunstancias. Los filósofos explican que las olas están producidas por el impacto de la piedra filosofal, aunque esta tendría que ser inmaterial; los psicólogos toman las olas por el charco entero; las religiones quieren alisar su superficie mediante la oración y seguir meditando sobre las nuevas adiciones. La Noastoa bebe de esas aguas».

Cerró el libro, lo dejó a un lado y se apoyó en el codo.

—Explícale eso a los representantes de una raza que ni conoce la alimentación oral ni distingue entre formas distintas de pensamiento. A los calibanes, que tienen cinco órganos sexuales distintos cuyo uso jamás ha sido sometido a tabú, y que no conocen la secreción de productos de desecho del propio cuerpo. ¿Van ellos a entender, aunque se les explique, lo que es el impacto inmaterial de la piedra filosofal, la mezcla de filosofía, tabú, asco y placer que va unida a la palabra «mean» y al miserable (perdona) órgano que al mismo tiempo engendra y secreta?

Carteret cerró los ojos.

—Eso significa, viceversa, que no tenemos ni el rastro de un soplo de una microscópica posibilidad de entender nunca lo que pasa por la mente de un calibán.

—Así es, mi pobre criminalista. Si tienes suerte, tu calibán habrá sido asesinado por un antropoide con motivos comprensibles...: repugnancia, xenofobia, irreflexión, agorafobia, o porque el calibán llevaba encima demasiado dinero. Si no la tienes, el calibán tenía un buen motivo personal para, simplemente, desaparecer. Y —se inclinó y metió el índice en el ombligo de Mungo— nunca lo encontrarás.

Él cogió el dedo y lo tocó con la lengua.

—A no ser —murmuró— que haya huellas... la clásica búsqueda de huellas, ya sabes.

—¿Huellas de pseudópodos en el suelo de acero de un satélite?

Él se incorporó.

—Si el calibán estuvo realmente en el huerto hidropónico... ¿qué se le había perdido allí? Aire, claro; pero quizá estaba simplemente... ¿comiendo?

Aviva Chitchagova entrecerró los ojos y arrugó la curva nariz.

—Sí, claro. ¿Por qué? Habrá comido. Habrá arrancado raíces y cosas por el estilo. ¿Por qué?

—¿Qué comen los calibanes?

Ella se encogió de hombros.

—Toda clase de cosas. Agua, minerales, lo que quieras.

—¿Les gusta algo especialmente, o comen mucho de algo?

Ella titubeó.

—Calcio —dijo entonces—. Eso podría significar algo. Habría que establecer si hay una falta drástica de calcio en el suelo hidropónico.

En Jobourg, Mungo Carteret encontró una nota del Ministro residente de Setebos en Atenoa. Le daba las gracias por aceptar el encargo y le pedía que conservase a toda costa «los eventuales restos que encontrara» y los enviase a su residencia de Gaia, «en modo alguno directamente a Setebos».

Entretanto, estaba seguro de saber por qué el (¿o lo?) representante oficial de Setebos —él/ello tenía que sentirse muy solo y falto de placer en Gaia— había elegido la prolija vía postal. Incluso un hipermensaje codificado podría haber sido escuchado, y al parecer

todo debía discurrir de manera discreta; además, no cabía excluir que alguien que captara y decodificara un mensaje como ese buscara por su cuenta al calibán para conseguir mediante extorsión una parte de las inmensas reservas de dinero de Setebos. Bastaba incluso con la mera afirmación de tener en su poder al, de hecho, inencontrable calibán... si es que los calibanes eran extorsionables de ese modo.

—Pero ¿qué significa esto... conservar los restos y en absoluto enviarlos directamente a Setebos? —dijo.

En la pantalla, vio a Aviva Chitchagova pensar intensamente.

—Ni idea —dijo al fin, despacio—. Pero es extraño. En realidad, todo tendría que ir enseguida a Setebos.

—¿Por qué?

—A causa de la memoria colectiva.

Carteret suspiró.

—Tu colega de Oxford me habló de eso. Pero, ¿qué tiene que ver con los restos?

—Los calibanes viejos incuban los retoños jóvenes, como sabes. Todos los calibanes viejos. Tienen una memoria colectiva eidética; es en cierta manera inoculada al joven junto con una parte del cuerpo moribundo del anciano. Es la parte más importante de la «educación».

Carteret sacudió la cabeza.

—Entonces, realmente no entiendo la consulta. ¿Por qué preocuparse por los restos mortales?

—La parte de la memoria parece mantenerse aún un tiempo tras la muerte física del resto del cuerpo, y puede ser trasplantada posteriormente. Inoculada. Para que no se pierda nada.

Pasó dos días haciendo y desechando hipótesis, enviando consultas a mil sitios distintos y evaluando las respuestas. Al tercer día encontró de pronto la solución, y era tan sencilla y al mismo tiempo tan enloquecida que vaciló entre la risa histérica y la perplejidad. Además de entre el dinero y la moral. Después de muchas dudas, tuvo algunas conversaciones por visifón. El/lo Ministro residente de Setebos en Gaia —sin «nombre»; como todos los calibanes, no tenía

más que su número, el 3317— se declaró tras algún titubeo dispuesto a hacer un viaje, así como el funcionario del Secretariado de Pueblos Extraños competente para Setebos. Viajarían juntos, y llegarían a Europort Nord dentro de seis días.

El escritorio de Qorba Salibi ya no tenía un aspecto tan caótico.

—Bueno, ¿qué hace tu calibán?

—Viejo y necio Cobra —dijo Carteret—. Esta vez me has traído un hueso duro... pero lo he cascado.

Salibi le brindó un burlón aplauso.

—Déjame participar de tu goce, oh Mungo.

—Nada de eso. O al menos no así. El Ministro residente de Setebos viene para acá, con un funcionario de la administración. Me hubiera gustado que estuviera presente un hombre discreto del SIC. Es el caso más tremendo que he oído nunca, y me gustaría estar seguro de no estropear nada.

Salibi se mordió el labio inferior; luego alzó las manos y gimió.

—Si insistes... ¿Cuándo llegan esos caballeros de Gaia?

A Carteret le quedaban cinco días para aclarar los últimos detalles. Voló a Europort Sur, una isla artificial en el Egeo, habló con la coordinación central de deslizadores robot, contrató a un geólogo con una colección de los últimos y más sensibles analizadores de suelos, detectores y teleevaluadores y voló con él por media Europa. Al cuarto día, encontraron lo que buscaban; como había dicho Aviva Chitchagova, necesitaron una macroescala del oscilómetro para conseguir un valor.

Carteret devolvió a Atenas al geólogo, que lo miraba todo con perplejidad porque sólo estaba parcialmente informado, llegó a Salamanca por la mañana del quinto día y voló a la mañana siguiente de allí a Jobourg. Aún le quedó tiempo para una conversación con Pamela du Plessis.

—Gemelastro..., ¿qué tal la elipse? ¿Y cómo van las investigaciones?

—Ambas cosas van inmejorablemente. Escucha, querida..., los proverbios étlicos de tu noastoica fueron un éxito absoluto. Más

tarde te lo contaré todo con detalle. Por el momento, me remuerde la conciencia.

Pamela cruzó las manos sobre su escritorio y abrió mucho los ojos en la pantalla.

—¿Tu qué?

—Conciencia. La tengo, a pesar de todo. Dame un oráculo más.

Ella se encogió de hombros, se levantó, salió del ámbito de la pantalla y regresó al cabo de un minuto.

—Tres proverbios —alzó la hoja—. Primero: «Quien quiera ver la luz, tiene que estar en la oscuridad. El intento de eliminar la oscuridad conduce al deslumbramiento». ¿Vale?

Mungo asintió.

—Casi encaja. Sigue.

—Número dos: «Incluso lo sencillo es ambiguo». Esta es de la vieja y buena Ashme.

—No encaja. ¿O sí? Sigue.

—Tercera: «El sabio va hacia sí, el loco se sale de sí. El estoico se mantiene en medio».

Mungo le tiró un beso con la mano.

—Me has ayudado mucho. Con un poco de amoralidad, podría cobrar mil millones de dracmas y precipitar a la desgracia a un planeta. Me temo que sería el acto de un loco fuera de sí.

—¿Mil millones? —movió la cabeza—. Entonces fácil salirse de sí, eso es cierto. ¿Cuándo vienes?

—Mañana habrá pasado todo. El vuelo dura seis días. ¿Digamos dentro de ocho días?

Ella sonrió, radiante.

—Fantástico, gemelastro. Me reservaré hasta entonces. Quizá.

3317 se abrió paso por entre la multitud hasta el deslizador de Carteret. En el centro del cuerpo —el «tronco» tenía allí un diámetro de unos cuarenta centímetros—, llevaba el reluciente broche de diplomático, sujeto con una cinta de seda. El funcionario del Secretariado de Pueblos Extraños de la Commonwealth avanzaba detrás; era bajito, gordete y calvo.

—Por aquí, por favor, *Dom* Tiburti —Carteret señaló su abollado vehículo; el funcionario se había dirigido casi automáticamente a un gran y caro modelo que estaba aparcado a unos metros de distancia.

—Bueno, escúpelos de una vez —Qorba Salibi se sentó detrás de Carteret y contempló al calibán, como en un trono junto a Mungo... De hecho en una especie de posición de asiento.

—Ya es tarde —Carteret arrancó; el deslizador alzó el vuelo, abandonó la zona de la isla y aceleró. La desembocadura del Táme-sis se hizo visible—. Pasaremos la noche en un hermoso y viejo hotel de Oxford, y lo discutiremos todo. Mañana temprano viajaremos donde se encuentra su... paisano, excelencia.

3317 calló. Guardó silencio también en el hotel; sólo cuando Mungo llenó una fuente de cerveza negra y la dejó en el suelo, por la abertura lingüística salió un titubeante «Ksss?»

—¿Qué es? —dijo Tiburti.

—Pruebe usted, excelencia... Contiene muchas sabrosas sustancias nutritivas.

3317 extendió una raíz. Luego, en rápida sucesión, cuatro más.

—Pn, mpn. Kslnt, Tm Krtrt!

—Bueno, muy bueno, excelente, *dom* Carteret.

—Entiendo un poco, *dom* Tiburti. No necesita usted esforzarse tanto.

—Habla de una vez, hombre —Salibi dio una palmada en la mesa.

Carteret asintió y se reclinó en el asiento. A media voz, expuso sus hipótesis, consultas, respuestas, errores y ocurrencias; incluyendo los tratados de una científica, de la que no dio detalles, sobre las reacciones de los calibanes a los filósofos de la Commonwealth.

—En algún momento entendí de pronto lo elemental, si se le puede llamar así. Ninguno de los que estamos sentados a esta mesa, caballeros, excelencia, puede esperar jamás entender a otro. Esa es la consecuencia de la doctrina del núcleo esencial, tal como la defiende la Noastoa.

—M ntrssnt —3317 agitó un tentáculo.

—Sin embargo, hay ciertas cosas elementales que son comunes a los miembros de una raza. Pies, por ejemplo; ojos, procesos quím-

micos, reacciones a determinados estímulos. Y procesos internos elementales..., físicos, intelectuales, sensoriales. Es a esas cosas elementales a las que la Noastoa presta, ante todo, su atención. La mencionada expedición a Setebos constató que los calibanes encontraban ridículos los vuelos filosóficos muy específicos, pero podían sin duda arreglárselas con muchas consideraciones y afirmaciones elementales de la Noastoa y sus antiguos predecesores terrestres.

—Bkhdr —dijo 3317—. Tsh. Ptt. Ssn'k.

—Bahadur —explicó cansado Tiburti—. O Chu. Buda. Séneca.

Carteret asintió y dedicó a Salibi una sarcástica mirada de reojo. El teniente del SIC miraba su vaso de cerveza como perdido.

—Lo que me llevó a analizar mis motivos para aceptar el encargo. No quiero molestarles con los detalles...

—Gracias, compañero —Salibi alzó la vista.

—... por eso sólo diré una cosa: tuvo algo que ver con una mujer que salió a buscar algo, así que me encontré en la situación de que yo buscaba algo para reforzar su búsqueda. Cosas elementales...: libido, refugio, plenitud, cosas por el estilo. Su idea de la libido y la plenitud, excelencia, es distinta de la nuestra... pero similar en principio.

3317 arrastró un tentáculo sobre la mesa.

—Asentimiento —dijo Tiburti.

—Gracias. Dado que, como cualquier otro descendiente de la Tierra, soy completamente incapaz de intuir siquiera motivos complejos en el alma de un calibán, pero creyendo sentir, por otra parte, el enorme significado del placer en la vida de su raza, excelencia, he tomado éste como hipótesis de trabajo.

Pasó a los detalles criminalísticos. El día en el que el calibán desaparecido había sido visto en el huerto hidropónico del satélite de carga, sólo siete naves habían atracado y vuelto a abandonar el satélite. Tres estaban descartadas de antemano, porque transportaban mercancías que tenían que ser almacenadas en una atmósfera insoportable para los calibanes. Otras dos llevaban prospectores a mundos alejados; allí un calibán habría sido bienvenido y habría llamado

enseguida la atención, pero no fue visto.

—El sexto carguero fue únicamente descargado y después limpiado en el vacío. El séptimo voló hacia Europort Sur.

El segundo grupo de cuestiones afectaba al tráfico comercial entre Setebos y la Commonwealth.

—Los calibanes no necesitan casas, ni exquisitos productos como los nuestros... ¿Qué podrían hacer con el dinero que les reportan las concesiones? Podrían importar cultura, conocimiento, información. Comprobé, por ejemplo, que hace mucho que hay edificios en Setebos... para conservar libros, aparatos de reproducción de obras maestras de la música, cuadros o réplicas. Y comprobé que una agencia de carga en Gaia ha suministrado en los últimos años, en serie, libros sobre agricultura terrestre a Setebos. El destinatario era cuatro mil once. ¿Es correcto, excelencia, que se trata de su desaparecido congénere?

—Krrkt —3317 se movió inquieto.

—Correcto; gracias. Así que empecé a interesarme por los libros que encargaba. Ya conoce usted la afirmación de que la vieja Tierra no proporciona más que arte melancólico; y los mejores vinos. Por un azar casi ridículo, fui a parar forzosamente al tema del vino... necias máximas de la Noastoa que se ocupan de él. Y de pronto encontré la solución... sencilla y a la vez grotesca, para nosotros. Supongo, excelencia, que usted tenía una sospecha que iba en la misma dirección, y por eso quería evitar a toda costa que los restos mortales llegaran a Setebos.

—Krrkt. Prtskrzz —3317 volvió el torso.

—Correcto. Por desgracia —dijo Tiburti—. Por desgracia sigo sin entender nada.

—Yo tampoco. Venga, Mungo... ¿qué sencilla y grotesca solución es esa?

—Mañana —Carteret se reclinó complacido—. Mañana. Por el momento... salud —alzó su copa.

—También la región podía averiguarse casi inequívocamente pensando —dijo Mungo. La cinta del Sena se retorció debajo de ellos;

pronto sobrevolarían París. La proa del deslizador apuntaba más o menos al Sureste.

—¿Prkk?

—Por qué, supongo —Tiburti no movía un músculo.

—Debido a las condiciones climatológicas de Setebos. Las regiones cálidas serían insoportables para cuatro mil once... Andalucía, por ejemplo, o Ática. Igual que las pendientes pedregosas.

—Krrkt.

—Aún así... para ir sobre seguro, recorrí todas las zonas imaginables. Cuatro mil once había estado en todas partes, con deslizadores robots cuyos vuelos quedaron registrados. En todas partes faltaban, en pequeñas zonas, determinados minerales del suelo, sobre todo calcio. Y finalmente lo encontré.

Carteret aterrizó en las cercanías de algunas granjas a las afueras de un pequeño lugar, entre Dijon y Beaune.

—Les presento —dijo— Gevrey-Chambertin. El mejor vino, la mejor situación. Uvas Pinot-Noir de viejas cepas.

3317 saltó del deslizador y corrió por entre las filas de vides. Los sonidos que emitía eran indescriptibles. Carteret le siguió con la vista, suspirando; luego sacó una hoja y se la enseñó a Tiburti y Salibi.

—Los genitales de los calibán —dijo, cansado—. Por aquí —fue hasta la vid más próxima—. Todo está aquí, utilizable si se es lo bastante duro y uno se entrega con los instrumentos no completamente activados —señaló los nudos, los agujeros en las ramas, las excrecencias cóncavas y convexas—. Y los calibanes están tallados en madera dura, por así decirlo. Como he dicho, todo está aquí... *qenufur*, *paqkebat*, *qukiqurru*, *kebolpelef*, *tiquatafat*. Y lo más importante, la sustancia producida sólo por un pentón completo: una masa semejante al humus.

Carteret se agachó y levantó un puñado de tierra oscura. La dejó escurrir por entre los dedos.

—Rica en todo lo que los calibanes necesitan para alimentarse... y, hasta donde lo puedo valorar, casi idéntica al misterioso secreto cuyo contacto significa el supremo placer.

Salibi miró el viñedo. Tiburti se había cubierto el rostro con las manos.

3317, Ministro residente del planeta Setebos ante el Gobierno central de Gaia, diplomático, máximo representante de su raza, brincaba y describía círculos entre las vides.

—Tmtt! —gritaba— Tmtt! Tmtt!

—¿Qué está diciendo sobre pasas? —dijo Salibi.

Tiburti apartó las manos del rostro.

—Dimito, dice. Sin duda quiere dejar el cargo. Si es que lo entiendo bien. Mierda de consonantes —se acercó a la vid más próxima.

—Cuatro mil once está ahí, en la tercera fila. Empotrado —Carteret fue al deslizador y regresó con un pequeño medidor de frecuencias.

—¿Empotrado? —dijo perplejo Tiburti— ¿Significa eso que está muerto?

Carteret negó con la cabeza.

—Hibernación orgásmica —dijo en voz baja.

Salibi se echó a reír.

—Ríete, Cobra. Pero es cierto. Cuando quieren, pueden reducir casi a cero todas las demás funciones corporales, y extender ese estado, que sólo débilmente podríamos esbozar con la palabra superorgasmo, hasta cuarenta días. O más. Nadie lo sabe con exactitud —conectó el medidor de frecuencias—. Mira; la macroescala. ¿Te parece esto muerto?

Salibi seguía riéndose. Se agarró al hombro de Mungo y chilló; luego, se dejó caer al suelo y empezó a rodar sobre él.

—La última pista —dijo Carteret, volviéndose al rígido y pálido Tiburti— vino de 3317 en persona... de manera indirecta. Quería mantener a toda costa lejos de Setebos los eventuales restos mortales. ¿Qué cree usted que pasaría si la memoria de cuatro mil once se transmitiera por inoculación?

Tiburti abrió los ojos de par en par.

—Espantoso —volvió a cubrirse el rostro con las manos—. Inimaginable. Espantoso.

Carteret asintió.

—Exacto. Todos los calibanes dejarían Setebos y vendrían a Borgoña. Quizá no arruinaran la cosecha local, pero el Gevrey-Chambertin adoptaría un sabor muy peculiar. Y todo esto no es más que un sucedáneo... perfecto, pero un sucedáneo. Puede dar a un calibán el máximo placer imaginable, pero sus esporas no pueden madurar. Éxodo. Y ninguna descendencia. Tan sólo una infinita, indescriptible e increíble orgía.

Tiburti asintió con lentitud.

—¿Qué está haciendo *eso* ahora?

—¿Qué va a ser? —Carteret se encogió de hombros—. Se está empotrando.

—¿Cómo voy a decírselo a la lord canciller? —murmuró Tiburti.

Carteret se acercó a Salibi, que seguía retorciéndose chillando en el suelo.

—Levántate, hombre. Contrólate. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

3317 ya casi había desaparecido en el suelo. El broche de diplomático yacía en el suelo, a tres metros de él. Desde la granja próxima se acercaba un vinatero.